



## FESTIVAL INTERNACIONAL SUB-SWING 2022



Este año se ha celebrado en España la segunda edición del festival subterráneo de *swing*, organizado como el año anterior por el excéntrico, aventurero y millonario Björn Bengtsson. El lugar elegido para el evento ha sido una cueva de Cantabria, cuyo nombre no ha sido desvelado ni por el organizador ni tampoco por ninguno de los participantes, ya que esa es una de las normas de oro impuestas por Bengtsson.

Para poder participar en este festival, además de bailar muy bien, es necesario tener nociones de espeleología, ya que hay que descender en ocasiones más de un centenar de metros hasta llegar a la galería que es utilizada como pista de baile, bien es cierto que los menos avezados bajan siempre en paralelo con los miembros de la organización, quienes, entre otras cosas, sí son expertos espeleólogos que se encargan de equipar la cueva con las cuerdas y los anclajes necesarios para el descenso y el ascenso.

Una vez que los participantes, así como la orquesta que se encargará de tocar en vivo y el equipo que lleva Bengtsson para ayudarle en la organización, están abajo, entonces se procede al montaje del escenario improvisado en la piedra: se coloca una tarima en el suelo para cubrir la roca de modo que quede una superficie uniforme en la que los bailarines y bailarinas

puedan lucir sus habilidades al completo. Después de que la pista de baile está montada, se instala una iluminación adecuada alimentada por generadores de gasoil que también dan soporte a los aparatos de sonido. A unos metros de distancia de la pista se acondiciona otro espacio, en el que se monta un *catering* con comida y bebida para que los participantes puedan hidratarse y comer, a la vez que se pone a su disposición gran variedad de bebidas espirituosas para que puedan gozar de una noche irrepetible. Por último se habilita otro espacio con vestuarios, servicios y sala de relax, de manera que los bailarines y bailarinas puedan cambiarse y descansar siempre que lo deseen.

El equipo de Bengtsson trabaja con celeridad y eficiencia para que, una vez que éste se cerciora de que todo está en perfectas condiciones, dé comienzo al festival después de una breve charla de bienvenida, momento en el que la edificante música *swing* toma protagonismo. Existen diferentes categorías en las que participar, como son el *blues*, el *shag* o el *rock'n'roll*, pero sin duda la prueba estrella y la que tiene mayor dotación económica es el *lindy hop*. Otra condición imprescindible para participar en el festival es ir vestido con ropa que evoque a los años 30 y 40, que fue la época dorada del *swing*.

Durante toda la noche se celebra el festival, donde el ju-

rado, también, cómo no, elegido por Bengtsson, se asegura de que haya la mayor imparcialidad posible dentro de un baile en el que prima la improvisación y la creatividad de los participantes, quienes se deleitan con rítmicas figuras que son coreadas por el resto de participantes creando un clima de gran cordialidad. Al terminar el concurso se realiza un maravilloso baile social para cerrar el evento donde se abandonan definitivamente los nervios de la competición y se intercambian las parejas en cada canción alargando al máximo el goce de la fiesta.

Una vez terminado el festival, los participantes son devueltos al punto de partida mientras el equipo de Bengtsson se queda recogiendo con pulcritud lo montado para que la cueva quede como en su estado original. A partir de ahí es donde empieza de nuevo el trabajo para Bengtsson, quien a lo largo del año asiste por todo el mundo a los festivales más importantes de *swing*, y es allí donde propone a las parejas que él considera que tienen más nivel la participación en el festival *sub-swing*. Una vez hecho esto, ya solo le queda elegir el país y la cueva donde se celebrará la siguiente edición.



## La aljafería o la alegría de revivir el arte mudéjar

Del proceso histórico de la Reconquista tenemos incontables anécdotas y leyendas, especialmente de carácter militar, que intentan resumir ocho siglos de historia. Estos ecos, repetidos por el boca a boca de generación a generación, por historiadores, por los cronistas de la época, relegan —a veces por ignorancia y otras a propósito— el rico tapiz de matices que envuelve una de las épocas más apasionantes que vivió la península ibérica.

El mismo término “reconquista” está siendo, de hecho, discutido y cuestionado por los académicos por no responder a la realidad histórica medieval peninsular. Más allá de la épica bélica, de la yihad y de las bulas de cruzada durante la presencia musulmana, en la época de Al Ándalus se produjeron también —por no decir “sobre todo”— fases de intercambio cultural y social.

Andalucía, con su imponente mezquita de Córdoba o la deslumbrante Alhambra de Granada, símbolos del auge de una civilización en pleno apogeo

y expansión, no es la única región que se benefició de este rico y diverso mosaico multicultural. Hay un palacio a la altura de sus hermanas por su imponente arquitectura andalusí a tres horas en coche de Madrid.

Es el enclave de la época situado más al norte de Europa, además de ser el más lujoso y mejor conservado del periodo de Taifas. Para su fundador, Abú Yaáfar, era el Qasr al-surur, el palacio de la alegría, un palacete de recreo que mandó construir a las afueras de Saraqusta, la actual Zaragoza. A nosotros ha llegado como el palacio de la Aljafería, la casa de Yaáfar, en honor a su precursor, que ahora le conocemos como Al Muqtader.

Los restos mudéjares de este recinto fueron declarados individualmente Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1986. El mudéjar es lo que mejor retrata esta peculiaridad nuestra: un estilo artístico que incorporaba influencias, elementos o materiales de estilo hispano-musulmán. Es la consecuencia de las condiciones de convivencia existentes en

la España medieval: una mezcla de corrientes artísticas cristianas (románicas, góticas, renacentistas) y musulmanas, siendo el mudéjar el eslabón entre ambas.

Parece que lo que las espadas separaban en su retahíla letal se unía en las decoraciones de palacios como el de la Aljafería, en un canto a la vida y a la posteridad. Tras la reconquista de Zaragoza en 1118 por Alfonso I, el castillo pasó a ser residencia de los reyes cristianos de Aragón, convirtiéndose en el principal foco difusor del mudéjar aragonés.

Fue utilizado como residencia regia por Pedro IV el Ceremonioso, y posteriormente, en la planta principal, se llevó a cabo la reforma que convirtió estas estancias en palacio de los Reyes Católicos en 1492. En un mismo edificio podemos contemplar tres palacios en uno: en el patio de San Martín, la primera parada de la visita, confluyen los tres con los arcos de estilo árabe, el mudéjar de la iglesia y los escudos de los Reyes Católicos.

En 1593 experimentó otra reforma que lo convertiría en fortaleza militar, primero según diseños renacentistas y más tarde como acuartelamiento de regimientos militares. Sufrió reformas continuas y grandes degradaciones, sobre todo con los sitios de Zaragoza de la Guerra de la Independencia, hasta que finalmente fue restaurado en la segunda mitad del siglo XX y actualmente acoge las Cortes de Aragón.

No se pueden resumir 1.000 años de historia de la Aljafería. Tampoco reducir a reconquista lo que ocurrió durante ocho siglos. Sí podemos, sin embargo, desprendernos de la capa romántica y releer, deshacer, desempolvar esos recovecos de la época, y de muchas otras, que nos oculta la narrativa dominante. En el próximo artículo, os cuento cómo.



## la vis cómica

